

#### IV

##### LOS PRIMEROS AÑOS DE DESTIERRO

Hortensia y sus hijos no podían quedarse en Francia. El emperador Alejandro no los protegía ya. Salieron de París el 17 de julio de 1815, á las nueve de la noche; la reina subió á su coche con sus hijos; su caballerizo, M. de Marmold y el conde de Voyna, edecán del general austriaco príncipe de Schwarzenberg, encargado de velar por los fugitivos, seguían en una berlina. Pernoctaron en el castillo de Bercy, propiedad de M. de Nicolai, que hizo á los desterrados la más respetuosa acogida, y luego se encaminaron á Suiza. En Dijón la reina fué objeto de una manifestación hostil: unos oficiales de la guardia real quisieron impedir que prosiguiera el viaje y reducirla á prisión, y fué menester toda la energía de M. de Voyna para frustrar aquella brutal tentativa. En cambio en Dole hubo una manifestación muy distinta: la población, que era bonapartista, al ver un oficial austriaco al lado de la reina, se figuró que estaba cautiva y que era preciso libertarla. La misma Hortensia tuvo que sacar al pueblo de su error. Por fin llegó á Ginebra con sus hijos y se alojó en una modesta posada, la de Secherón. Como había partido para Suiza con pasaportes firmados por los embajadores de todas las grandes potencias, se creía en seguridad en Ginebra. Pero al día siguiente de su llegada el gobernador de esta ciudad le significó, á pesar de las protestas de M. de Voyna, que debía marcharse. No sabiendo dónde encontrar un asilo, dijo sonriendo al oficial austriaco: «Arrojadme al lago, porque forzoso es que esté en alguna parte.» Después de salir de Ginebra, pasó á Aix de Saboya, que aún pertenecía por algunos días á Francia, y donde había pasado muchas temporadas en tiempo de los esplendores del Imperio. Allí la querían mucho, pues se recordaban las limosnas que había repartido y el hospital fundado por ella.

Hortensia se hallaba todavía en Aix cuando tuvo uno de los mayores disgustos de su vida; vióse obligada á separarse de su hijo mayor, obedeciendo así á la reivindicación, muy legítima por cierto, de su esposo. Luis, refugiado en Roma, fundándose en la causa que había ganado en París y cuyos efectos había impedido Napoleón al regresar de la isla de Elba, envió al barón de Zuite á Saboya en busca del joven príncipe Napoleón. Este y su hermano no se habían separado un solo día desde 1810, y se querían mucho. Su pesadumbre no fué menor que la de su madre. «Yo no sabía, ha escrito Mlle. Cochelet, cómo mi-

tigar la pena de mi querido príncipe Luis y distraerle en su aislamiento. Este amable niño era de carácter dulce, tímido y encogido; hablaba poco; pero su imaginación viva, reflexiva y penetrante á la vez, sabía expresar sus ideas con frases oportunas, llenas de sano juicio y de sagacidad, que yo me complacía en recordar y repetir. Le afligió tanto la marcha de su hermano, que cayó enfermo y tuvo una ictericia, por fortuna benigna. La reina se puso enferma de tanta gravedad, que yo estaba atontada; muchas veces al día tenía síncope que me alarmaban en extremo, y cuando se reanimaba era para caer en un estado de abatimiento del que nada bastaba á sacarla.»

Algunos días después, los ministros de las potencias aliadas autorizaban á Hortensia y á su segundo hijo para residir en Suiza. El acta de su conferencia de 21 de octubre de 1815, firmada por Castlereagh, Hardenberg, Humboldt, Weissenberg, Rasumovsky, Metternich y Capo d'Istria, estaba concebida en estos términos: «Como la petición de la señora duquesa de Saint Leu (las potencias no designaban ya sino con este nombre á Hortensia) está de conformidad con la resolución en virtud de la cual los ministros han convenido en sesión del 27 de agosto autorizar su residencia en Suiza, bajo la vigilancia de las misiones de las cuatro Cortes, así como de la delegación de S. M. Cristianísima, y habiendo dado á conocer el ministerio francés que no tenía inconveniente en que se estableciera en el cantón de San Gall, se ha decidido que los enviados respectivos de las cuatro Cortes á la Confederación helvética queden encargados de solicitar de este gobierno que permita á la señora duquesa de Saint Leu y á su hijo, así como á su servidumbre, residir en el cantón de San Gall, comprometiéndose á no salir de él.»

Hortensia y su hijo salieron de Aix el 28 de noviembre y llegaron por la noche á la tierra de Pregny, situada cerca de Ginebra y perteneciente á la reina. El 30 estaban en Lausana, el 1.º de diciembre pernoctaban en Payerne, y el 6 llegaron á Zurich. El frío, la nieve, la lentitud del viaje, la mala condición de las posadas, todo contribuía á hacer más penosa la peregrinación de los desterrados.

La reina acababa de obtener una nueva decisión de las Cortes aliadas que la autorizaban á permanecer muy cerca de Suiza, en Constanza, ciudad del gran ducado de Baden, mientras podía instalarse en el cantón de San Gall. Hortensia y su hijo llegaron allí el 7 de diciembre. Medio muerta de frío y de cansancio, costóle á la reina todos los trabajos del mundo subir la escalerilla de caracol que conducía á la habitación de la miserable posada en que se apeó.

Carlos Luis Federico, gran duque de Baden, estaba casado con una parienta cercana y amiga íntima de la reina Hortensia, la gran duquesa Estefanía, hija del conde Claudio de Beauharnais, senador en tiempo del Imperio y par de Francia en el de la Restauración. Pero en su calidad de francesa, de prima hermana de la reina Hortensia y de hija adoptiva de Napoleón, la gran duquesa Estefanía era sospechosa á los aliados, que hubieran querido que su marido la



repudiase. A pesar de toda su buena voluntad, no pudo demostrar ostensiblemente su cariño á su prima. «Tened paciencia, le escribía, permaneced tranquila, y tal vez por la primavera se arreglarán las cosas á gusto de todos, pues de aquí á entonces se habrán calmado las pasiones y olvidado muchas cosas.»

Hortensia alquiló una casa más que modesta situada en la lengua de tierra que se acerca á Constanza en el punto en que el lago se estrecha cerca del Rhin, y la amuebló con un piano y unos cuantos muebles llevados de París. «Por fin tengo un pequeño hogar,» exclamó. Pocos días después, unos cuantos convencionales que habían recibido la orden de salir de Berna pasaron por Constanza, casi todos achacosos y sin recurso alguno. Hortensia los socorrió, pues sus reveses de fortuna no le impedían hacer bien.

Apenas había tomado posesión de su nueva morada, recibió una visita que agradeció en extremo, la de la princesa de Hohenzollern-Sigmaringen, que antes de casarse era princesa de Salm-Kirburg. Esta mujer, dotada de gran corazón, se había casado muy joven con el soberano del pequeño principado independiente de Hohenzollern-Sigmaringen, situado junto al Danubio, á ochenta kilómetros de Stuttgart. En su juventud había vivido mucho tiempo en París en casa de su hermano, que había mandado construir á orillas del Sena el bonito palacio de Salm, hoy palacio de la Legión de honor. Muy unida con los vizcondes de Beauharnais, había prodigado, cuando su encarcelación en la época del Terror, los cuidados más solícitos á sus hijos Eugenio y Hortensia. Napoleón, en la época de su gran poderío en Alemania, creyó atestiguar su interés al príncipe y á la princesa de Hohenzollern-Sigmaringen haciendo que su hijo se casara con una sobrina de Murat. Cuando Hortensia era niña encontró en la princesa una protectora; desterrada, halló en aquella mujer generosa una amiga. La proximidad de Sigmaringen entró por algo en el deseo que la reina Hortensia manifestaba de instalarse en Constanza. Tuvo una vivísima satisfacción en recibir á la princesa y le devolvió la visita en Sigmaringen, donde se la acogió como si aún se sentara en el trono.

Conviene recordar de paso que del matrimonio de un Hohenzollern-Sigmaringen con una sobrina de Murat nació el príncipe Antonio que, habiéndose casado en 1834 con una hija de los grandes duques de Baden, fué padre del rey actual de Rumanía y de ese príncipe Leopoldo cuya candidatura para el trono de España en 1870 fué el pretexto, cuando no la causa, de la guerra franco-alemana. Cuando el general Prim se fijó en esta candidatura, creyó que en razón de los vínculos de familia y de los recuerdos de juventud la aceptaría Napoleón III, mas ¡ay! no fué así.

Pero volvamos al año 1816 y á la ciudad de Constanza. Hortensia recibió en ella durante la Semana Santa á su hermano el príncipe Eugenio, procedente de Munich, donde le trataba con la mayor generosidad su suegro el rey de Baviera. Ambos hermanos pasaron juntos ocho días llenos de encanto para los dos.

Poco tiempo después, la reina, acompañada de Luis Napoleón, devolvió á

Eugenio su visita. El príncipe estaba á la sazón en Baviera, cerca del lago de Wurm, en una preciosa quinta que su suegro le había prestado en Berg. Eugenio y su esposa la princesa Augusta recibieron á Hortensia con efusión. Tenían con ellos sus cinco hijos: Josefina, nacida en 1807 y casada en 1823 con el príncipe real de Suecia, que luego fué rey con el nombre de Oscar II; Eugenia, nacida en



El príncipe Eugenio de Beauharnais

1808 y casada en 1826 con Federico, príncipe de Hohenzollern-Hechingen; Augusto, nacido en 1810, casado en 1835 con doña María, reina de Portugal, y fallecido á los dos meses de su casamiento; Amalia, nacida en 1812 y casada en 1829 con D. Pedro I, emperador del Brasil, y Teodelinda, nacida en 1814 y casada en 1841 con el conde Guillermo de Wurtemberg. En el momento de la visita de Hortensia, el segundo hijo varón del príncipe, Maximiliano, no había nacido todavía; vino al mundo al año siguiente: casó en 1839 con la gran duquesa María de Rusia, hija del emperador Nicolás, y fué padre de los actuales duques de Leuchtenberg.



Eugenio tenía una gran satisfacción en presentar á su hermana sus hijos, todos ellos hermosas criaturas. Al darle á conocer la más joven, la pequeña Teodelinda, le dijo: «Esta es la tuya; creo que se te parece de un modo asombroso cuando eras niña, y deseo vivamente que se te parezca en todo.» Luis Napoleón quedó al pronto intimidado al ver tantas caras desconocidas, pero no tardó en tranquilizarse y se alegró mucho de poder jugar con su primo y sus primitas.

Después de una breve permanencia en Berg, Hortensia volvió á Constanza y entonces comenzaron seriamente los estudios de Luis Napoleón. Su madre le enseñaba los de adorno; los demás su preceptor, el padre Bertrand, á quien se unió M. Lebás, hijo de un convencional. El principito presentaba buenas disposiciones, afición al trabajo, dulzura y caridad. En las horas de recreo jugaba con algunos niños de la vecindad, especialmente con el hijo del molinero del puente del Rhin, y á veces salía con ellos fuera del recinto del jardín. Un día volvió en mangas de camisa y andando descalzo por el barro y la nieve. Al preguntarle por qué se presentaba en tal estado, contestó que había encontrado una familia pobre y que, no teniendo dinero para socorrerla, había dado á uno de los niños sus zapatos y al otro su chaqueta.

En este mismo año 1816 la reina Hortensia comenzó á escribir sus Memorias, que ha dejado terminadas, pero de las cuales sólo se ha publicado un fragmento, el que comprende los años 1830 y 1831, y ofrece vivo interés. Las Memorias están en poder de la emperatriz Eugenia. Sería de desear que se publicasen íntegras.

En 1817 la gran duquesa de Baden expresó el deseo de ir á ver á su prima. Este deseo asustó á la diplomacia, que obligó al gran duque á no dar ya asilo en sus Estados á la desterrada.

Hortensia no sabía dónde vivir tranquila. Al saber su apuro, los magistrados del cantón suizo de Turgovia le enviaron á decir que si quería establecerse en su país, la protegerían allí las autoridades y el pueblo. Este cantón, como todos los de nueva formación, era democrático y no temía á los Borbones ni á sus aliados. Sumamente agradecida á la oferta hospitalaria que se le hacía, Hortensia compró el 10 de febrero de 1817, por treinta mil florines, el pequeño castillo de Arenenberg, en el susodicho cantón; mas para hacerlo habitable exigía muchas reparaciones y la reina no pudo instalarse en él hasta 1819.

El príncipe Eugenio por su parte, cuando supo que su hermana no podía continuar en Constanza, le rogó que fuera á vivir con él en Baviera. La reina tenía tanto miedo de ser un estorbo para él, que al pronto no aceptó el ofrecimiento y sólo se decidió cuando adquirió la certeza de que el rey Maximiliano se asociaba al deseo de Eugenio. Resolvió, pues, trasladarse, no á Munich, donde su presencia hubiera podido ser un embarazo para la corte, sino á Augsburgo, ciudad situada á cincuenta y siete kilómetros de aquella capital y donde su hermano podía visitarla á menudo. Salió, pues, de Constanza con su hijo el 6 de mayo de 1817 y se estableció en Augsburgo. Había en esta ciudad una buena universidad, donde

Luis Napoleón hizo sus estudios en alemán más de cuatro años: también hizo allí su primera comunión. Su padre le escribió el 9 de abril de 1821: «Querido hijo: Da gracias á tu mamá, á tu ayo y al padre cura por haberte preparado á cumplir con el primer deber solemne que te impone la religión. Te envío mi bendición de todo corazón. Ruego á Dios que te forme un corazón puro y agradecido para con Él, que es el autor de todo lo bueno, y que te ilumine á fin de que cumplas todos los deberes que puedan imponerte tu país y tus padres y para poder discernir siempre el bien del mal. Adiós, hijo mío, recibe un fuerte abrazo, y en esta ocasión solemne renuevo la bendición que te envío con el pensamiento mañana y noche y siempre que mi imaginación se fija en ti. Tu afectísimo padre, Luis.» El joven príncipe recibió también en Augsburgo el sacramento de la confirmación, que le administró el obispo de la ciudad, en presencia del príncipe Eugenio.

Aún estaba en Augsburgo Luis Napoleón cuando supo la muerte del emperador en Santa Elena. Al tener noticia de ella, escribió á su madre una carta (publicada por primera vez en inglés por M. Blanchard Jerrold y en francés por M. G. Duval) con fecha 24 de julio de 1821, en la que decía: «Querida mamá: Se acerca el día en que te veré, en que podré demostrarte todo mi cariño y procuraré consolarte por ese desdichado suceso. Como puedes figurarte, ese fallecimiento me ha causado gran pesadumbre, que aumenta al pensar en la aflicción que causará tan triste noticia á toda mi familia; por fortuna, está en un mundo mejor que el nuestro, en donde alcanza el premio de sus buenas acciones.... Cuando hago algo malo, pienso en ese *grande hombre*, y me parece sentir en mí una sombra que me dice que me haga digno del nombre de *Napoleón*..... Puedes pensar que M. Lebás me prodiga sus consuelos en esta circunstancia y me ha dado asueto durante los tres días siguientes al recibo de la triste noticia. Afortunadamente soy joven y á menudo parece que olvido esta desgracia; pero si, con todo, vuelvo con frecuencia á mi alegría habitual, esto no impide que mi corazón esté triste y que sienta un rencor eterno á los ingleses.»

La imaginación del joven príncipe estaba ya, por decirlo así, asediada por la sombra de Napoleón, pero su odio á los ingleses no debía ser tan duradero como su culto á su prisionero.